

## POSTMODERNIDAD, POSTMATERIALISMO Y TEORÍA POLÍTICA

**Klaus von Beyme**

Profesor de la Universidad de Heidelberg

En las ciencias sociales, las teorías de la postmodernidad juegan principalmente un papel de superteorías con poderes explicativos de carácter holístico. Se trata de nuevos grupos de ideas concebidas para reemplazar las teorías generales omnicomprensivas y los conceptos generales de la lógica de sistemas. Por ello, parece adecuado que las teorías de la postmodernidad se desarrollen de forma distinta a las teorías generales más antiguas. La noción de un concepto sistémico amplio de realidad se utilizó para deducir de él teorías parciales menores; las teorías de la postmodernidad reúnen, sin embargo, rasgos de aproximaciones teóricas menores que estaban ya presentes en la realidad social: los paradigmas de estilos de vida, el arte *pop*, las protestas ecológicas, las alternativas libertarias. Apenas hay un elemento de la teoría de la postmodernidad que no haya sido considerado con anterioridad o que no haya sido experimentado a través de subculturas.

La teoría francesa, sobre todo, ha alcanzado un nivel de abstracción que demuestra la falsedad de la suposición, muy extendida, de que la postmodernidad es una moda y un capricho pasajero... Su nuevo elitismo es, de alguna manera, tan ofensivo como el elitismo de la modernidad clásica, su enemigo. Fuera de Francia, este hecho ha provocado en ocasiones reacciones alérgicas, e incluso se hacen bromas pesadas sobre algunos tratados postmodernos<sup>1</sup>.

Buena parte del debate de las ciencias sociales alemanas no ha tenido en cuenta esta novedad. Sólo ocasionalmente se ha producido una recepción consciente de algunos elementos teóricos, como ocurre en los escritos de Albrecht Wellmer. En general, sorprende la contundencia con que autores que abarcan desde Habermas a Luhman están de acuerdo en ignorar las teorías de la postmodernidad. En relación con la teoría política, que es típicamente una teoría de ámbito reducido, puede ser disculpable esta ignorancia.

<sup>1</sup> Klaus LAERMANN, «Lacancan und Derridada. Über die Frankolatrie in den Kulturwissenschaften», *Kursbuch*, 84, 1986, pp. 43-53.

Son muy pocos los elementos del debate sobre la postmodernidad que pueden ser utilizados por las teorías empíricas. No obstante, la postmodernidad, como reformulación de suposiciones ocultas de sentido común, influye —incluso sin referencias explícitas— en la teoría política de manera tan fuerte que no parece un esfuerzo inútil arrojar más sistemáticamente alguna luz sobre las aproximaciones teóricas a la postmodernidad.

Como todos los compuestos de «post», la expresión postmodernidad tiene la desventaja de que no se puede iniciar la discusión del concepto partiendo de cero, sino que los argumentos deben evaluarse en relación con su antecedente, en este caso la modernidad. Empezaremos repasando el significado de la modernidad y la postmodernidad en el arte. A continuación entraremos en la discusión del significado de un concepto amplio de modernidad en la teoría de la ciencia, tal y como se debate en la filosofía. Solamente en la tercera parte de nuestro análisis nos centraremos en los elementos de la teoría de la postmodernidad directamente relevantes para la teoría política.

## I. POSTMODERNIDAD: ¿UN PARADIGMA DEL ARTE?

El hecho de que la idea de postmodernidad tenga origen en el arte dota al término de un cierto prejuicio. Si fuera cierto que la postmodernidad es posible solamente «cuando se practica un pluralismo básico de lenguajes, modelos y modos de actuación no solamente en *oeuvres* distintas, sino en la misma *oeuvre*»<sup>2</sup>, sería difícil encontrar alguna clase de postmodernidad en la ciencia; en ella hay límites a la técnica de los *collages*. Cabe presumir que las habilidades de Umberto Eco como escritor resultan más adecuadas para crear un amplio interés en la historia medieval que los tratados eruditos; pero incluso los autores de más éxito en la popularización de la historia medieval, desde Borst a Tuchman, se distancian de las técnicas de la postmodernidad en el arte y optan, en cambio, por el mantenimiento de los estándares científicos.

Independientemente de todo esto, había una larga tradición científica que identificaba postmodernidad con el tratamiento que le dan las páginas de arte de la prensa y la consideraba como un modo de la producción artística, sin importancia para el trabajo científico. Este recelo encontró una prueba adicional en la carencia de estética de algunos filósofos de la postmodernidad, especialmente los francófonos. ¿No era cierto que bajo el disfraz de eslóganes, cuya intención era romper el «totalitarismo de la racionalidad» y el «terrorismo científico», se ignoraban por completo con cierta frecuencia los métodos científicos y las reglas de la lógica?

La desaparición de los límites entre el arte y la ciencia podría manifestarse claramente a través de un análisis de la contribución de Feyera-

<sup>2</sup> Wolfgang WELSCH, *Unsere postmoderne Moderne*, Weinheim, VCH, Acta humaniora, 1987, p. 16.

bend. Helmut Spinner ha intentado explicar la crítica exagerada de Feyerabend al racionalismo y a la ciencia a través de una oculta inclinación por el dadaísmo. En 1920, George Grosz y John Heartfield calificaron a Oskar Kokoschka como «escoria del arte académico» a causa de su defensa del arte burgués. De forma paralela, Feyerabend caracterizó a los miembros más importantes de la escuela de Popper como «escoria del conocimiento de nuestro tiempo»<sup>3</sup>. Desde entonces, Feyerabend ha criticado con mucha arrogancia los planteamientos categóricos de Spinner. Podría replicar de nuevo: «Pero, Helmut, chico, no te enfades; ¿qué demonios quieres?»<sup>4</sup>, o ¿se siente por fin comprendido cuando es considerado un artista? Tal vez, pero una interpretación paralela de la mayoría de los estructuralistas franceses podría, sobre todo, ofender su honor de filósofo.

¿Qué puede ganarse con una comprensión de la postmodernidad tal como lo hace el arte? Las experiencias diarias sobre las que se fundamenta el desarrollo de las teorías nada dicen acerca de la validez de las intuiciones. ¿No existe el peligro de que la trasposición de los conceptos del arte a la ciencia pueda crear, en el campo de la política, más problemas de los que puede resolver?

El problema comienza con los propios términos modernidad y postmodernidad cuando pretenden partir de épocas diferentes. En el momento en que se interpreta la postmodernidad como algo no distinto a la realización de los principios de la modernidad, como en los escritos de Marquard y Welsch, las características de ambas épocas quedan interconectadas. En arquitectura se puede encontrar una idea clara de modernidad como una época. En este campo, la primacía del funcionalismo durante décadas ha sido tan obvia, especialmente durante los años de la reconstrucción de Europa después de la guerra, que puede señalarse con precisión el comienzo y el fin de este predominio, a saber, fundamentalmente entre 1955 y 1975. Sólo en este aspecto se puede admitir la caracterización de Habermas de la modernidad como «un estilo que fue el único válido y plasmado en la vida diaria, un fenómeno desconocido desde los días del clasicismo»<sup>5</sup>.

En pintura, las fronteras ya no pueden delimitarse tan claramente, a no ser que se identifique modernidad con un estilo dominante, como en el expresionismo abstracto, que adquirió tal solidez que hizo posible tratarlo como un objeto que pudiera ser robado, tal como se dijo haber ocurrido en 1947, cuando «la modernidad» fue robada y trasladada de

<sup>3</sup> Hellmut F. SPINNER, «Gegen Ohne Für Vernunft, Wissenschaft, Demokratie etc. Ein Versuch, Feyerabends Philosophie aus dem Geist der Kunst zu verstehen», en Hans-Peter DUERR (ed.), *Versuchungen. Aufsätze zur Philosophie Paul Feyerabends*, Frankfurt, Suhrkamp, 1980, vol. I (35-109), p. 45.

<sup>4</sup> Paul FEYERABEND, *Erkenntnis für freie Menschen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979, p. 90, nota 70 (*La ciencia en una sociedad libre*, trad. Elena Alberto, Siglo XXI de España Editores, 1982).

<sup>5</sup> Jürgen HABERMAS, «Moderne und postmoderne Architektur», en Jürgen HABERMAS, *Die neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985 (11-29), p. 15.

París a Nueva York<sup>6</sup>. Donde no se reconstruyó el crimen estético, se asumió un desarrollo cuasi teleológico del arte moderno. No se produjeron traspasos posteriores, por robo o emigración desde París, vía Berlín o Moscú, a Nueva York<sup>7</sup>.

Durante mucho tiempo, algunas descripciones poco concisas del éxito histórico del arte moderno han afirmado que el principio abstracto fue menos dominante en el arte mismo que en la esfera de distribución del arte, como la representada por galerías y museos. Dadá y el surrealismo habían declarado la quiebra del racionalismo y del arte burgués dominado por él, mucho antes de que surgiera una nueva iconoclastia con la moda del arte *pop*.

Importantes coleccionistas de arte tienen que elegir una y otra vez entre distintas formas de modernidad, y lo consideran siempre difícil. Se dice de Peggy Guggenheim que en una ocasión declaró: «He llevado un pendiente de Tanguy y otro de Calder para mostrar mi imparcialidad en el enfrentamiento entre surrealismo y el arte abstracto»<sup>8</sup>. Después de la II Guerra Mundial se declaró que el surrealismo había muerto, pero inmediatamente surgieron nuevas formas de «vieja repugnancia» (Tristan Tzara) que mantuvieron en alto la bandera de la protesta contra el racionalismo en el arte. Donde el arte moderno parecía estar sometido de una manera absoluta a la presión de una única verdad formalista, la esencia del artista se describió como algo profano, y el arte como objeto se mostró cada vez más y más como un fenómeno secular<sup>9</sup>.

Con la revolución estudiantil, estas tendencias adquirieron una incidencia general en la sociedad. Todas las escuelas de modernidad abandonaron sus círculos esotéricos y se transformaron en elementos de la cultura de masas.

La guerra contra el «fascismo de hormigón» en la arquitectura comenzó incluso antes de que Feyerabend declarase la guerra a las «razones fascistas»<sup>10</sup>. La unidad del arte y la producción que fuera proclamada por el *werkbund* con las mejores intenciones progresistas, para luchar contra la falsedad del arte decorativo en la Alemania Imperial, tuvo consecuencias desastrosas. Nadie lo había previsto ni lo había deseado.

La postmodernidad, sin embargo, ha puesto de manifiesto el peligro existente en el hecho de que los asuntos sociales y políticos han alcanzado un nivel carente de estética, del que las ciencias sociales se desentienden. No debería negarse que la interpretación de la postmodernidad dentro del espíritu del arte proporciona intuiciones importantes, pero a esta clase de «entendimiento» es inherente el riesgo de que las preguntas

<sup>6</sup> Serge GUILBAUT, *How New York Stole the Idea of Modern Art. Abstract Expressionism, Freedom, and the Cold War*, Chicago UP, 1983.

<sup>7</sup> Andreas HUYSEN/Klaus R. SCHERPE (eds.), *Postmoderne. Zeichen eines kulturellen Wandels*, Reinbek, Rowohlt, 1986, p. 22.

<sup>8</sup> *The Peggy Guggenheim Collection*, Venedig, sin año, p. 3.

<sup>9</sup> Carl A. GOTTLIEB, *Beyond Modern Art*, New York, Dutton, 1976, pp. 345 y ss.

<sup>10</sup> Klaus VON BEYME, *Der Wiederaufbau. Architektur und Städtebau in beiden deutschen Staaten*, München, Piper, 1987, pp. 91 y ss.

acerca de la validez de tales ideas para la ciencia no tengan suficiente consistencia, a causa de la similitud de sus orígenes.

No pocos se entusiasman con ese placer intelectual, que incluso disfrutaban quienes son criticados, cuando Feyerabend presenta sus polémicas globales, admitidas con mala conciencia, por lo que a ellos respecta<sup>11</sup>.

Existen también nuevos peligros relativos a los dogmas no dogmáticos. El credo, *popular en lugar de moderno*, que Charles Jencks ha proclamado para la arquitectura no le ha impedido mantenerse vigilante sobre aquellos quienes, además de él, reclaman para su persona el título honorífico de «postmoderno». A Lyotard le arrebataron este título.

Los esfuerzos para institucionalizar algún tipo de escala de modernidad han hecho más fácil para los críticos, como Habermas, clasificar a los partidarios de la postmodernidad como neohistoricistas y neoconservadores.

Podría servirle de ejemplo a las ciencias sociales la disputa que la postmodernidad ha desencadenado en arquitectura. A pesar de que hay criterios claros para diferenciar estilos, no hay unanimidad con respecto al hecho de si la postmodernidad es un nuevo estilo o solamente un «cajón de sastre» arquitectónico, finalizada la reconstrucción. Esta es una postura fácil. Se puede declarar el funcionalismo como un «no estilo», como un error, un paso atrás en arquitectura. Solamente la postmodernidad puede reclamar para sí misma la categoría de estilo, porque ha defendido la reconquista de la dimensión arquitectónica<sup>12</sup>.

Vista desde fuera, la postmodernidad parece menos impactante, más manierista en su estilo, un estilo desarrollado entre el Renacimiento y el Barroco. La investigación en este campo ha explicado por qué el manierismo no se desarrolló dentro de un estilo unitario, como el renacentista o el barroco, y mantuvo los trazos de una «manera» a través de la paradoja, la *discordia concors*, la combinación de contrastes irreconciliables<sup>13</sup>.

Si se compara con la postmodernidad, aparecen paralelismos obvios, pero este paralelismo brinda escaso alivio a los defensores del orden clásico tradicional. Al manierismo no siguió un nuevo clasicismo, sino el Barroco. Se tienen que realizar grandes esfuerzos, como ocurre con el manierismo, para construir fases de la postmodernidad claramente delimitadas en el tiempo. La única conexión para estos fenómenos divergentes es la postmodernidad de los estilos de vida cotidianos. La presencia simultánea de fenómenos con diferentes implicaciones históricas comienza a ser un trazo característico básico de la postmodernidad<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Arne NAESS, «Paul Feyerabend — ein Held der Grünen?», en DUERR, *op. cit.*, (184-199), p. 184.

<sup>12</sup> G. FISCHER *et al.*, *Abschied von der Postmoderne*, Braunschweig, Vieweg, 1987, p. 13.

<sup>13</sup> Arnold HAUSER, *Der Manierismus*, München, Beck, 1964, p. 13 (traducciones parciales: *Pintura y manierismo*, Guadarrama, S. A., 1972, y *Literatura y manierismo*, Guadarrama, 1969).

<sup>14</sup> WELSCH, *op. cit.*, p. 4.

Esta clase de explicación, basada en la diversidad de estilos de vida comunes, deja, sin embargo, sin resolver la pregunta sistemática de los científicos sociales. ¿Por qué los estilos de vida, en los que las élites de todas las esferas de la sociedad participan en pie de igualdad, tienen una importancia diferente para la ciencia, el arte y la política? ¿Da todo ello la sensación de transformar estos conceptos de la historia de la arquitectura y la literatura en fases de la historia del pensamiento político? Las muestras existentes de esta clase de esfuerzos no son muy alentadoras. A menudo, modernidad y postmodernidad han sido entendidas como una sucesión de eras, casi en el sentido en que Wölfflin describió el paso del Renacimiento al Barroco.

Un estudio más profundo del fenómeno pone de manifiesto los problemas de esta analogía. ¿Es realmente la postmodernidad una nueva forma de Barroco? El período barroco es el objetivo oculto de gran número de defensores de la postmodernidad. Al final de uno de sus libros, Charles Jencks confesó su nostalgia de un Barroco que uniese todo el arte «en orden a conseguir una totalidad retórica»<sup>15</sup>. Tal clase de afirmaciones causan inmediatamente reacciones en contra en el campo de la postmodernidad. ¡Incluso el profeta de la postmodernidad en arquitectura no se toma en serio el credo pluralista y busca una nueva totalidad! Lyotard se apresuró en señalar este débil argumento en su teoría de la *différend* (conflicto irresoluble)<sup>16</sup>.

El período barroco ofrece una buena profundización dentro de los paralelismos entre arte y política. También es característica de este período la incompatibilidad de sus elementos. La búsqueda de la unidad, fuerza motriz del período, subraya un exagerado deseo de poder, puesto de manifiesto por Carl J. Friederich en fenómenos tan diversos como Hobbes y la arquitectura barroca palaciega<sup>17</sup>.

¿No es esta unidad, tal como fue asumida por Jencks, más retórica que real? ¿Es posible explicar toda la época desde el punto de vista antropológico de Thomas Hobbes? Obviamente, esto podría significar singularizar el Barroco de las cortes reales, sobrevalorar el modelo italiano e ignorar la variedad holandesa. ¿No estaría también incluida la tranquila pintura de género que ofrece escasos indicios del deseo de poder, siendo más bien un indicador de la conveniencia de la sociedad burguesa? Friederich no responde a estas preguntas, y la historia del pensamiento político no le ha seguido en sus expediciones en la esfera del arte. Ciertamente, el epíteto «barroco» se encuentra a menudo en la historia del pensamiento, pero resulta algo ornamental. En la literatura sobre Hobbes se reduce a cuestiones de estilo. Meinecke comparó las construcciones teóricas del maquiavelismo jesuítico de Botero con una

<sup>15</sup> Charles JENCKS, *The Language of Postmodern Architecture*, London, Academy Editions, 1977; 1980, 3.ª ed., Postscriptum.

<sup>16</sup> Jean-François LYOTARD, *Le différend*, París, Editions de Minuit, lin. 12/24.

<sup>17</sup> Carl J. FRIEDRICH, *Das Zeitalter des Barocks. Kultur und Staaten Europas im 17. Jahrhundert*, Stuttgart, Kohlhammer, 1954, pp. 56 y ss.

«iglesia jesuítica suntuosamente decorada»<sup>18</sup>, pero ha resultado ser igualmente un adorno.

Por lo que se refiere a la postmodernidad, los paralelismos entre arte y teoría política resultan más problemáticos. El iconoclasismo postmoderno tuvo intención de discutir el *status* del arte como «institución», marcando una gran diferencia con el período barroco, donde el arte como institución supuso un peso adicional. La política y el Estado resultan menos adecuados que la arquitectura para la tendencia cuasi anarquista que adelanta su descomposición. Los Estados no pueden reconstruirse cada diez años, como se hace con los edificios públicos en caso de necesidad.

## II. MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD EN EL DEBATE DE LA TEORÍA DE LA CIENCIA

El interés de las ciencias sociales en el debate sobre la postmodernidad en el campo del arte es algo marginal, que en ocasiones se refleja en los reportajes de las páginas de arte. Son únicamente los discursos filosóficos dentro de la teoría de la ciencia los que proporcionan acceso a las ciencias sociales al debate sobre la postmodernidad, y pueden conducir a señalar analogías y diferencias entre arte y teoría social.

Esta segunda etapa de la recepción del concepto se conecta con nuevos problemas, pero es posible hacer referencia a un esquema común para la periodización: el arte moderno comienza con Manet y Cezanne; la teoría científica social moderna existe, con entidad propia, desde las construcciones de Durkheim, Max Weber y Pareto. Mientras, en el campo del arte nadie pretende averiguar en qué momento se produjo la modernidad dentro del Renacimiento, para criticar entonces *in toto* este «proyecto de esfuerzo modernizador»; es esto, sin embargo, lo que intenta la filosofía.

El «proyecto de esfuerzo modernizador» es como el acusado en el banquillo. Se conceden algunas primeras exculpaciones solamente a Pascal y Nietzsche, Kierkegaard y al más reciente Heidegger. Algunas partes de los escritos de Kant y Wittgenstein pueden esperar actos de gracia porque posiblemente sean útiles para el razonamiento postmoderno. El más importante de los acusados es Hegel y, por razones políticas, Marx. Cuando se alega inocencia, como Hennis hace para Max Weber, los observadores rápidamente señalan la lógica nietzchiana del argumento.

Con este método, de evidencias amontonadas, el análisis filosófico en detalle, desde un punto de vista no partidista, encuentra grandes dificultades. En especial en relación a la valoración de la modernidad, ha

<sup>18</sup> Friedrich MEINECKE, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, München, Oldenbourg, 3.ª ed., p. 78 (*La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*, CEC, 1983).

sido posible demostrar fuertes similitudes entre Hegel, declarado culpable prematuramente, y Heidegger, que fue prematuramente indultado<sup>19</sup>. Estas dificultades se salvaron a la manera tradicional, recalando las diferencias entre los escritos del filósofo en cuestión durante su juventud y su madurez. La ciencia literaria ha ofrecido un claro ejemplo de cómo hacerlo: el *Ulysses* de James Joyce ha sido descrito como la personificación de la modernidad, y al despertar de Finnegan ya se le había colocado la etiqueta de postmoderno.

El ataque frontal a la modernidad como totalidad ha sido facilitado por la construcción de grandes *metaargumentos*. Lyotard cambiaría sus clasificaciones en cada uno de sus libros.

Por una vez, encontramos la diferenciación entre la metahistoria idealista, que cree en un desarrollo teleológico del espíritu; la metahistoria ilustrada, que aspira a la emancipación de la condición humana; y la metahistoria histórica, que persigue lo hermenéutico del significado. Las tipologías posteriores presentan esta trinidad de forma categórica: emancipación, satisfacción del espíritu y capitalismo<sup>20</sup>.

Esta última clasificación nos recuerda el juicio de Voltaire contra los tres tipos de gobierno de Montesquieu, que no estaban, lógicamente, al mismo nivel de abstracción. A Voltaire le sonaba como una nota en un registro de iglesia: «masculino-femenino-ilegítimo».

Cualquiera que pueda ser encasillado en una de estas tres categorías negativas, queda igualmente sometido a juicio. Así, el «hegelianismo tardío», especialmente el hegelianismo de izquierda, está levantando recelos. Aquellos que permanecen fieles a los viejos ideales de la Ilustración, inmediatamente son considerados culpables de invocar la «ilustración total» y arrestados como «jefes de proyecto» de la modernidad<sup>21</sup>.

Habermas ha provocado esta condena con su defensa de la modernidad clásica, y no encuentra atenuantes en el hecho de que en su defensa de los estilos de vida contra el sistema se opone a muchos aspectos que son también aborrecibles para los intelectuales de la postmodernidad.

Cualquiera que entre todos ellos desee salvar la reputación de Habermas, porque tenga ocultos sentimientos de simpatía hacia él, debe excusarle —Habermas debe haber cometido un error— por lo menos con respecto a su equiparación de postmodernidad y neoconservadurismo<sup>22</sup>. Sin embargo, Lyotard otorga pocas posibilidades a Habermas; desde su punto de vista, es «criptototalitario» cuando pide el consenso mediante un discurso neutral de Poder; «cambia la heterogeneidad de

<sup>19</sup> David KOLB, *The Critique of Pure Modernity, Hegel, Heidegger and After*, Chicago UP, 1988, pp. 201 y ss.

<sup>20</sup> Jean-François LYOTARD, *Tombeau de l'intellectuel*, Paris, Editions Galilée, 1984, pp. 9 y ss.

<sup>21</sup> Peter KOSLOWSKI, «Die Baustellen der Moderne», en Peter KOSLOWSKI *et al.* (eds.), *Moderne oder Postmoderne*, Weinheim, Acta humaniora, 1986 (1-16), pp. 4 y ss.

<sup>22</sup> HUYSSSEN/SCHERPE, *op. cit.*, p. 29.



los juegos lingüísticos por el uso de la fuerza»<sup>23</sup>. Habermas ignora estos ataques, lo que no es del todo característico en él; tal vez éste sea el único camino para evitar que la discusión termine como las antiguas tragedias griegas: los héroes mueren entre bastidores y el aforo se vacía lentamente.

Los científicos sociales tienden a abandonar el etiquetaje de la retrospectiva científica, algo muy lejano a lo que se discute en la actualidad. Difícilmente parece posible la delimitación de las fronteras de la modernidad.

Sin embargo, lo que puede llamarse modernidad, desde el punto de vista de la teoría social, puede definirse tan claramente aquí como en el arte. Esto significa que se trata de un corto período asumido por la mayor parte de los filósofos postmodernos. El propio Lyotard en cierta ocasión aportó una diferenciación práctica de la teoría moderna; concibió la modernidad representada en dos modelos que comprenden la sociedad como un todo o como un conflicto dicotómico. Las posiciones de Parsons y Marx representan, respectivamente, esos extremos<sup>24</sup>. Esta dicotomía es, sin discusión, original. Ambos modelos han sido considerados durante mucho tiempo sospechosos de defender la ontología: en el primero se manifiesta una aproximación ontológica a través de aquello que une las sociedades; en el segundo, a través de todo lo que las separa. La teoría crítica, que formula estos reproches, tiene fuertes preferencias por el modelo conflictivo; hoy está acusada de proponer un modelo de integración subliminal, a causa de su profundo sentimiento nostálgico de armonía.

Poco importa la dureza de la confrontación entre estas dos tendencias, que coincidió con la discusión sobre el positivismo. Este enfrentamiento debe presentarse como una antítesis del igual *status* que la postmodernidad otorga al marxismo y a la teoría de sistemas; incluso si no puede negarse la existencia de algunas similitudes formales, estas aproximaciones no tienen el mismo grado de modernidad. Ni el concepto de integración ni el de conflicto tienen, en suma, conexión con el respectivo modelo originario. El marxismo en el poder ha mostrado habilidades integradoras extremas; por su parte, la teoría de sistemas estaba capacitada para desarrollar variedades muy dinámicas, desde el concepto de Etzioni de una «sociedad activa» a los conceptos cibernéticos de Karl Deusch<sup>25</sup>.

Hay tres rasgos especiales para diferenciar las teorías modernas de la mayoría de las históricas/premodernas:

<sup>23</sup> Jean-François LYOTARD, *La condition postmoderne*, París, Editions de Minuit, 1979, p. 8 (*La condición postmoderna*, Ed. Cátedra, S. A., 1984).

<sup>24</sup> LYOTARD, *La condition*, op. cit., p. 25.

<sup>25</sup> Klaus VON BEYME, *Die politisched Theorien der Gegenwart*, München, Piper, 1987, 6.ª ed., pp. 172 y ss. (*Teorías políticas contemporáneas*, IEP, 1972).

1. La diferenciación entre evolución e historia.
2. La importancia del método comparativo.
3. La asunción de que partes de la sociedad existen por derecho propio, sin un imperialismo teórico que dé preferencia a una parte de la sociedad sobre las otras.

1. Las teorías modernas, en sentido estricto, diferencian entre evolución e historia. Por tanto, resulta prematuro el hecho de que la crítica postmoderna coloca a la teoría de sistemas y al marxismo holístico en pie de igualdad. Esta identificación pasa por alto que su crítica contra Hegel y Marx encuentra eco en los guardianes del Santo Grial de la teoría científica moderna.

La caracterización que realiza Popper de Hegel y Marx como falsos profetas ha sido tan dura como la de Lyotard. En contraste con los renegados de la izquierda francesa que abandonaron las abstracciones del marxismo estructural que había suministrado Althusser como línea de pensamiento, Popper dispensa por lo menos el moralismo radical de Marx de la sospecha global de totalitarismo<sup>26</sup>. Sin una filosofía de la historia teleológica, que incluya la esperanza laica de salvación, no pueden construirse partes importantes del marxismo, especialmente la variedad menos sofisticada, volviendo a Engels, Kautsky, Lenin y Stalin, quienes redujeron el pensamiento crítico a *histomat*.

Max Weber y Durkheim fueron los primeros en desarrollar tal clase de variante en la interpretación determinista de la evolución, que había dominado el debate del siglo XIX bajo influencia de Comte y Spencer. Es así, aunque no se puede encontrar rasgo alguno de neoevolucionismo en los escritos de Max Weber. Incluso las teorías funcionalistas, que todavía mantienen el concepto de evolución, tienen características más modernas que premodernas; ya diferencian claramente entre evolución e historia. La causalidad se reduce a causalidad eventual<sup>27</sup>. Una secuencia solamente es discernible en retrospectiva; no son posibles los pronósticos de los desarrollos futuros de las secuencias. No pueden evaluarse las secuencias vistas en retrospectiva, como ocurre en las teorías premodernas con respecto a ciertas ideas o con respecto a la compatibilidad de causalidades que se consideran de cierta necesidad, sino con respecto a la capacidad de las sociedades de adaptarse por sí mismas al cambio y supervivencia<sup>28</sup>.

Es, por tanto, necesario defender, frente a los profundos ataques de la postmodernidad contra un supuesto conjunto de teorías modernas, que en realidad existen profundas diferencias de contenido entre las teorías modernas.

<sup>26</sup> Karl R. POPPER, *Falsche Propheten. Hegel, Marx und die Folgen*, Bern, Francke, 1970, 2.ª ed., p. 347.

<sup>27</sup> Wolfgang SCHLUCHTER, *Die Entwicklung des okzidentalen Rationalismus*, Tübingen, Mohr, 1979, p. 3.

<sup>28</sup> Niklas LUHMANN, «Evolution und Geschichte», en Niklas LUHMANN, *Soziologische Aufklärung II*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1975, pp. 150-169.

2. Esta falta de diferenciación en sus análisis por parte de los defensores de la teoría de la postmodernidad proviene del hecho de que son indiferentes al método comparativo. Para Lyotard, la comparación de términos es, en última instancia, el más inservible rompecabezas mental; esta opinión se fundamenta en la incompatibilidad de los juegos lingüísticos.

Las teorías de la postmodernidad reproducen, en ese sentido, la incapacidad premoderna de comparar. Las viejas escuelas evolucionistas también mostraron, en lugar de una *aperçus* ocasional a otras culturas, una ignorancia fundamental de ellas. Los comentarios de Hegel sobre América constituyen un claro ejemplo de ello. Max Weber fue el primer autor que comparó culturas de una manera sistemática. Su capacidad de diferenciación a través del método comparativo resultó ser un esfuerzo más notable que la lógica rigurosa de las preguntas que formulaba, las cuales, indudablemente, fueron para él fundamentales para las etapas heurísticas de la ciencia. Sin embargo, la valoración del método de diferenciación en los escritos de Weber se ha visto perjudicada por la búsqueda de la lógica estricta del argumento de Weber, iniciado por Hennis. Donde la evolución presionaba el desarrollo en una cierta dirección, no había necesidad de comparaciones sistemáticas. Bastaba poner el énfasis en esas sociedades que representaban el futuro, sea Prusia para Hegel, sea el tantas veces recolocado Estado proletario para Marx, y presentar como aforismos los elementos en declive social en otros países.

Fue Durkheim el primer autor que vio en el método comparativo no solamente «un método», sino «la propia sociología»<sup>29</sup>. A pesar de que John Stuart Mill hizo hincapié, además de en el método de la concordancia, en el método de la diferencia, la comparación de lo similar se desarrolla tardíamente por algunos funcionalistas dentro del método de las equivalencias funcionales. Desde una perspectiva comparativa, fenómenos aparentemente disímiles mostraron «similitudes»; no se trataba de similitudes sustanciales, sino de funciones equivalentes para la supervivencia y desarrollo de los sistemas. Con frecuencia, las aproximaciones teóricas modernas y postmodernas están de acuerdo, sin embargo, en apreciar poco el método comparativo en las ciencias sociales.

3. Es importante para las teorías modernas, en sentido estricto del término, la *aceptación de la existencia de partes de la sociedad por derecho propio*, sin hacer un esfuerzo sistemático para encontrar raíces normativas para la necesidad de que una esfera de la sociedad pueda dominar todas las otras. Posiblemente sea cierto que con frecuencia esta norma haya sido ignorada. Pero la mayor parte de las teorías realmente modernas solamente predicen el peligro de la colonización de una esfera sobre la otra, de forma más o menos convincente. No reducen desde

<sup>29</sup> Emile DURKHEIM, *Les règles de la méthode sociologique*, Paris, PUF, 1950, 11.ª ed., p. 137 (*Las reglas del método sociológico*, Los Libros de Plan, 1983).

el principio el desarrollo de todas las esferas, caracterizadas como superestructuras, a la lógica del desarrollo de una, y malinterpretan la autonomía del proceso de racionalización en las diferentes esferas. Empíricamente es evidente que allí donde una esfera comienza realmente a colonizar a otra (por ejemplo, en fases de movilización política), encontramos, por lo general, argumentos a nivel teórico contra este proceso.

No es casual que los normativistas de la escuela de Friburgo aúnen sus esfuerzos con la escuela del neopositivismo de Colonia-Manheim cuando se inicia el rechazo del reto político del movimiento estudiantil, aunque ambas tengan poco en común; cuando la presión exterior desciende, de nuevo marchan separadamente. Normativistas de diversas tendencias de opinión han desarrollado una inclinación a la política en tanto no resulte incontrolada desde la base.

Por lo que se refiere a los movimientos de población, se produce una separación entre *oikos* y *polis*. Sin embargo, una vez desaparecido el movimiento, el Estado es demasiado permisivo en relación con la formación de subculturas y círculos autónomos; así se restablece de diversas formas la primacía de lo político dentro de la teoría normativa.

Los normativistas se mantienen bastante alejados no solamente de la complejidad de la diferenciación detallada de las sociedades modernas, sino también de la forma en que esferas separadas se interconectan. La mera diferenciación social en partes no hace a una sociedad moderna. La diferenciación, tal como la conocemos desde Max Weber, existió también en la antigua India o China. Sin embargo, lo característico de las sociedades modernas es la forma de entremezclarse los distintos componentes dentro de las instituciones, así como la interpenetración de las diferentes esferas sociales con el propósito de control. Estas observaciones deberían tener lugar en una teoría que se atribuye el calificativo de «moderna»<sup>30</sup>.

Mientras tanto, las dos metateorías que por el momento mantienen elementos de teorías premodernas, normativismo y neoaristotelismo, por un lado, y la escuela crítica de Frankfurt, por otro, marchan por caminos distintos. Habermas y Offe, una y otra vez, han producido variedades de modelos teóricos para la diferenciación e interdependencia de esferas autónomas de la sociedad. En cierto sentido, se han trasladado hacia el pensamiento funcionalista sin rechazar la ida de integración social. Por lo general, los normativistas no han deseado verse involucrados en el trabajo teórico con detalles empíricos; no es de extrañar que estén profundamente convencidos de la negación general de la modernidad formulada muy claramente por Nietzsche en el siglo XIX.

La sublevación postmoderna contra el pensamiento en términos de un sistema teórico supermatriz conduce, por tanto, no por casualidad, a un renacimiento del pensamiento de Nietzsche. Hoy, la sentencia de

<sup>30</sup> Richard MÜNCH, *Die Struktur der Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984, pp. 22 y ss.

Nietzsche, «Dios ha muerto», sólo desafía a unas pocas escuelas de pensamiento, en contraposición con los efectos que tuvo en el XIX. La postmodernidad, con algunas excepciones, como la posición de Robert Spaemann, no cree que sea posible volver a los ideales éticos premodernos, pero reconoce, con nuevas formas, el mismo enemigo que vio Nietzsche. El lugar de los *sacerdotes gobernantes* ha sido ocupado por los *tecnócratas dirigentes*. Dios permanece muerto para la mayor parte de los filósofos postmodernos. El problema fundamental es, como dijo una vez Vattimo, «encontrar si estamos capacitados para vivir sin neurosis en un mundo donde “Dios ha muerto”»<sup>31</sup>.

Las consecuencias del renacimiento de Nietzsche para las ciencias sociales parecieron despreciables en un primer momento. Apenas es posible basar teorías sociales en los escritos de Nietzsche; no parece accidental que las contribuciones de Nietzsche comprometiesen el debate por vía de la historia del pensamiento. Así sucedió, inicialmente, en los países de América Latina; solían estar orgullosos de su tradición cartesiana del pensamiento filosófico, pero fue esta tradición precisamente la que proporcionó muy pocas respuestas a los peligrosos problemas contemporáneos.

En Alemania, donde un ataque frontal contra la teoría moderna en la ciencia política parecía imposible, este ataque se lanzó sobre la historia de las ideas, eligiéndose a Max Weber como objeto apropiado para la crítica. Durante décadas se había recibido el mensaje, a través de América, de que él era el auténtico padre de la modernidad en las ciencias sociales. Los logros de Weber, la construcción de esferas diferentes de vida y su lógica de acción inherente, habían sido considerados como un *seguro indicador de status*.

A pesar de que las críticas postmodernas menosprecian el método de reconstrucción de los temas centrales de una *oeuvre* porque da brillo «al débil clamor del funcionalismo», han elegido este acercamiento para filtrar al «tema real» y el genuino «interés de la investigación», tal como aparece en los comentarios a los escritos de Max Weber. De la escuela de Friburgo se oyen nuevas variedades de «jergas de autenticidad», no influenciadas completamente por el pensamiento de Heidegger. Ningún «weberiano ortodoxo» niega que haya una pequeña discrepancia entre los escritos y la persona de Max Weber. Cuando Wilhelm Hennis escribe «Weber vio lo que le señalaba su corazón», se defiende a sí mismo, utilizando un lenguaje arcaico, de la sospecha de haber seguido la moda de la postmodernidad. No obstante, parece extraordinario que él, un desafiador de modas en el pensamiento teórico, disfrute siguiendo un capricho contemporáneo. Ciertamente, sin leer mucho de la *franKolatric*, redescubre las notas a pie de página de Nietzsche en los escritos de Weber, para ser capaz de arrebatarse a Max Weber de la modernidad funcionalista<sup>32</sup>. Las citas elegidas para demostrar esta hipótesis son más que inverosímiles.

<sup>31</sup> Gianni VATTIMO, *Al di là soggetto*, Mailand, Feltrinelli, 1985, Interview with «Lotta continua».

<sup>32</sup> Wilhelm HENNIS, *Max Webers Fragestellung*, Tübingen, Mohr, 1987, p. 57. When

Hasta aquellos autores que critican esta interpretación de Max Weber, por ser una mera construcción, pueden entender por qué Hennis es tan intolerable con los epígonos funcionalistas de Weber, que han tomado posesión de las ideas de diferenciación de la sociedad en partes y de interconexión de las esferas sociales con ánimo de una clasificación de dimensiones lineanas.

¿Justifica todo esto una fundamental mala interpretación de las contribuciones de los intelectuales de la modernidad, en el sentido que elimina las contribuciones de la modernidad y que resulta en una filosofía práctica premoderna, que tiene poco que ver con la excepción que Weber hace de la «santa ira», tan característica de la polémica fácil de los temperamentos no espectacularmente creativos? Un estudio en profundidad de argumentos de este tipo mostrará que este esfuerzo no es postmoderno. Para la teoría postmoderna, sería preferible encontrar inconsistencias en los escritos de Max Weber. En contraste con las dudas que Hennis tuvo, la teoría de la postmodernidad puede no solamente vivir con inconsistencias, sino que incluso se consideran un enriquecimiento. El pensamiento postmoderno no siente la necesidad de síntesis interpretativa de unidad oculta cuando encuentra un pensador político aceptable.

Incluso si el esfuerzo de Hennis fuera a convencer a la mayoría de los expertos en Weber, ¿qué se podría ganar si se supiera la verdad del interés investigador de Weber y su motivación, en la etapa heurística de la conceptualización de su investigación? La génesis de una *oeuvre* nunca es igual a la importancia que consigue en la historia del pensamiento. Ni siquiera las renuncias ayudan a la posteridad. Todavía se cita a Leví-Bruhl como quien formuló la teoría de la mentalidad primitiva, aunque la revocó en *Carnets*. Weber no revocó cosa alguna, pero continúa siendo importante por una teoría de la modernidad y del racionalismo occidental si todavía se le puede formular la misma pregunta, sin que importe el hecho de que su interés investigador central fuese su propio pensamiento.

Para demostrar que el debate de la postmodernidad toma direcciones divergentes, dependiendo de la actitud de cada uno en relación con la modernidad clásica, ha sido necesaria esta vuelta a la recepción de Weber. En este punto se configura un paralelismo con el debate sobre el arte abstracto. Habermas, en su intercambio con la modernidad, ha enriquecido de forma creciente su visión, una vez idealista, de la teoría de la evolución, y la ha preparado para la construcción de una teoría empírica. El ala libertaria y ecológica de la postmodernidad ha perdido, por tanto, la esperanza en él: «es considerado un demócrata social

proof for Nietzsche's influence is given we find hypothetical constructions based on obsolete assumptions of the history of thought: «Weber probably has read Nietzsche...» «Very seldom we find explicit references to or debates about Nietzsche's writings in what Weber has written, but what we find always gives access to Weber's deepest feelings...» «In general Nietzsche remains a silent guest» (pp. 174 y ss.). Where there is more scientific analysis and where parallels are shown an exact theoretical comparison would draw different conclusions(pp. 186 y ss.).

tecnocrático con mala conciencia con respecto al problema del estilo de vida». La interpretación premoderna de Hennis tampoco disculpa la proximidad de Habermas a la posición de los weberianos ortodoxos. Según Hennis, Habermas «simplemente da la vuelta al interés de la investigación primaria de Weber a través de la reconstrucción de la teoría de Weber que presenta en su *theorie des kommunikativen Handelns*»<sup>33</sup>.

A pesar de tales patrones idiosincrásicos de la interpretación, Hennis ha trabajado sobre tratados de Max Weber que han interesado también a los teóricos de la diferenciación de la sociedad en sistemas sociales parciales. Max Weber, en su concepción de una ética de responsabilidad para el liderazgo político, relacionó racionalidades parcialmente diversas<sup>34</sup>.

Tal vez, Weber no sea la elección más oportuna para la filosofía práctica, que encuentra la solución para el problema de la moderna fragmentación de la sociedad en esferas de acción con lógica propia en una mayor acentuación del predominio de la esfera política, pero ciertamente los teóricos postmodernos han acentuado el *status* superior del Estado, libre de mitos, en muchos aspectos de la teoría de los sistemas sociales. Koslowski, por ejemplo, basando esta opinión en argumentos diferentes, comparte con Hennis la acentuación de lo político<sup>35</sup>.

Casi nadie va tan lejos como para rescatar a Max Weber de la sociología y reclamar para él el papel de antepasado de una genuina ciencia política.

El debate completo de la autonomía de lo político no es una exclusiva del episodio alemán; Crick, en Inglaterra, y Sartori, en Italia, han defendido de manera similar la política y han luchado contra la colonización de la ciencia política por la sociología política. Este hecho muestra cómo antes de haber sido descubierta la postmodernidad hay ya un debate en la teoría política sobre el *status* de la historia de las ideas<sup>36</sup>. Los científicos se inclinan hacia la separación estricta entre teoría política moderna e historia de las ideas. El hecho de que la modernidad, como la modernidad en el arte, no tenga una antigüedad mayor de cien años, no frena a los seguidores del cientifismo para citar ocasionalmente a Tocqueville, Montesquieu o Maquiavelo como si fuesen contemporáneos.

Una teoría de la modernidad en las ciencias sociales debe insistir en no conceder a la política el papel de «rey de la ciencia» durante más tiempo y debe recalcar la aceptación de la teoría de la diferenciación en partes. La tarea de los politólogos en el debate es luchar contra el esta-

<sup>33</sup> Jürgen HABERMAS, *Theorie des kommunikativen Handelns*, vol. 1, Frankfurt, Suhrkamp, 1981, p. 234; HENNIS, *op. cit.*, p. 11, nota 18.

<sup>34</sup> Claus OFFE, «Die Utopie der Null-Option. Modernität und Modernisierung als politische Gütekriterien», en KOSLOWSKI, *op. cit.* (143-172), p. 152.

<sup>35</sup> Peter KOSLOWSKI, «Sein-lassen-können als Überwindung des Modernismus», en Peter KOSLOWSKI *et al.*, *op. cit.* (173-184), p. 177.

<sup>36</sup> Cfr. Klaus VON BEYME, «Die Rolle der Theoriegeschichte in der modernen Politikwissenschaft: Das Beispiel Amerikas», en Klaus VON BEYME, *Der Vergleich in der Politikwissenschaft*, München, Piper, 1988, pp. 88-105.

blecimiento superficial de conexiones entre conceptos aislados diferenciados, pero también oponerse a la mezcla de categorías económicas y de elecciones racionales de estrategias de acción en el campo político, tales como la falta de estética postmoderna que domina la prognosis de nuestra situación contemporánea. Mientras tanto, desde el punto de vista político, tal actitud no levanta sospechas. Esta defensa de la modernidad no es más que «un alboroto en torno a los estándares»<sup>37</sup>; ya no está bajo sospecha de radicalismo, y hoy presenta rasgos de conservadurismo. Habermas también tiene que vivir bajo este reproche.

### III. LA CONTRIBUCION DE LA TEORIA DE LA POSTMODERNIDAD A LA TEORIA POLITICA

Sólo después de señalar claramente los rasgos de la controversia que afecta a varias disciplinas, comienza a ser posible filtrar aquellos elementos del pensamiento postmoderno directamente relevantes para la formación de teorías políticas. En este proceso debe cuidarse no limitar prematuramente la elección de elementos, tratando a la postmodernidad como un sinónimo de conservadurismo, como hace Habermas. No puede pasarse por alto que el nuevo tradicionalismo, que abiertamente o de forma encubierta utiliza patrones postmodernos en sus argumentos, reinterpreta cuestiones sociales como cuestiones de estilo y retrae estas cuestiones de la discusión política<sup>38</sup>. Pero los adversarios de la postmodernidad no son los únicos defensores de la Ilustración. Lyotard, que es ignorado por Habermas a pesar de sus amplísimos conocimientos literarios, podría tener razón al reclamar elementos ilustrados en su pensamiento postmoderno. Si hubiera sido cierto que la aceptación de las teorías postmodernas fuese sinónimo de conservadurismo, Habermas habría tenido que excomulgar a algunos miembros de la generación más joven de la escuela de Frankfurt. Albrecht Wellmer ha adoptado una postura intermedia entre Lyotard y Habermas en relación con la exposición de argumentos sobre las estructuras conectadas de los microniveles de estilos de vida y el sistema<sup>39</sup>.

Esta infructuosa controversia tiene su origen, sobre todo, en la actitud de la escuela de Frankfurt hacia el partido verde. La generación más joven ha tratado con fuerte simpatía, en principio con indecisión y más tarde con entusiasmo creciente, como, por ejemplo, Claus Offe, a los verdes y a los movimientos alternativos. Habermas sigue levantando sospechas, al ver una alianza de ideales de antimodernidad con algo de premodernidad en los simpatizantes de los verdes y los movimientos

<sup>37</sup> HENNIS, *op. cit.*, p. 57.

<sup>38</sup> Jürgen HABERMAS, *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, p. 26.

<sup>39</sup> Albrecht WELLMER, *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, p. 107.



alternativos<sup>40</sup>, lo cual significa que la discusión acerca de una clasificación adecuada aún no ha terminado. Sin una distancia histórica apropiada no puede asumirse que se trate de uno de los casos caracterizados por el concepto de *difference* de Lyotard (conflicto irresoluble).

No hay arbitraje posible en este conflicto porque no pertenece al tipo de litigio que pudiera resolverse a través de una sentencia judicial o una mayoría política.

Para los intelectuales a la izquierda de Habermas, postmodernidad y conservadurismo son sinónimos, debido al giro de 180 grados dado por buena parte de los intelectuales de izquierda. No obstante, no todos aquellos que han dado la espalda al marxismo son automáticamente conservadores.

En Francia encontramos las versiones más abstractas del estructuralismo marxista. No es casual que allí la contrarreacción postmoderna sea más fuerte. Si bien el poder de los intelectuales ha sido mistificado en muchos países, en el país clásico de la postmodernidad, los Estados Unidos, esta filosofía prospera más sobre la base del antiintelectualismo tradicional. En Francia, el cambio hacia posiciones postmodernas se ha efectuado frecuentemente a través de una conversión: los intelectuales revocaron sus ideas anteriores mecánicamente y comenzaron con la pregunta fundamental sobre el papel del intelectual como el único responsable de las grandes metateorías.

Justamente esta idea de que por un acto voluntario del ansia de poder se puede eliminar al intelectual como figura central muestra, sin embargo, que esta iniciativa proviene de los intelectuales premodernos, quienes menosprecian la función social de la *intelligentsia*. Todavía las losas sepulcrales de los intelectuales suministran algunos ladrillos útiles para la teoría política contemporánea, y lo hacen en torno a tres elementos teóricos que influyen en las ciencias sociales:

1. La lucha contra la tecnocracia.
2. La radicalización del pluralismo.
3. Una actitud especial hacia las mayorías y la demanda de una mejora en el *status* de las minorías.

1. En contraste con algunas aproximaciones a la *posthistoria* desde Gehlen a Baudrillard, no se producen por parte de la teoría de la postmodernidad ni elogios ni aceptaciones airadas del inevitable papel de la tecnología. La revolución de la información en la sociedad ha puesto en juego la aparición de una nueva forma de tecnocracia. La postmodernidad proporciona elementos de resistencia contra lo peligroso del control social absoluto causado por este desarrollo. La obsesión de los teóricos francófonos por una uniformidad tecnocrática del lenguaje a veces suena, en un nivel más intelectual, como el clamor de la batalla

<sup>40</sup> Jürgen HABERMAS, «Die Moderne — ein unvollendetes Projekt», en Jürgen HABERMAS, *Kleine politische Schriften I-IV*, Frankfurt, Suhrkamp, 1981 (444-464), p. 464.

contra el predominio del *franglais* y el avance del lenguaje anglosajón computarizado. Las ideas pueden atravesar los nuevos canales de la tecnología, de acuerdo con Lyotard, sólo cuando pueden traducirse en *bits de información*<sup>41</sup>. Este hecho no solamente otorga una ventaja relativa a los tecnócratas en general, sino también a los anglófonos. Un lenguaje codificado uniforme como medio de comunicación podría afectar, sin embargo, la capacidad de diferenciación de la lengua inglesa y, a corto plazo, podría crear condiciones rudimentarias de comparación con todas las demás lenguas. Podría suceder que las lenguas menos difundidas, como el francés, que no puede esperar mantener su predominio regional o sectorial, pudieran sacar provecho de un inglés más uniforme y estandarizado.

La teoría de Lyotard de la postmodernidad comparte alguna de las características de la Ilustración, porque sus planteamientos no conducen a la resignación. Los movimientos de contestación activos opuestos al lenguaje de la tecnología son posibles: ella (la tecnología) puede también ayudar a estos grupos que discuten metapreceptos, proporcionando la clase de información que normalmente falta en una decisión informada. La mejor estrategia para utilizar la información en esta forma alternativa es una, muy fácil, llamada *open access*, para el público, a la memoria informática y sus bancos de datos<sup>42</sup>. Por el momento, esta esperanza resulta demasiado optimista; solamente los *hackers* han justificado hasta ahora la confianza en los efectos positivos de los ordenadores para la defensa del pluralismo; sin embargo, su falta de sistemática y sus intenciones no hostiles han constituido un nuevo incentivo para el *establishment* tecnocrático, que ha levantado barreras adicionales para el acceso ordinario a las fuentes de información.

A pesar de que pueda haber invertidas esperanzas, excesivamente optimistas, en la postmodernidad, ésta no contiene elementos premodernos, como los que impresionaron a Marcuse cuando idealizó la vida en las sociedades preindustriales: «En la poesía y en la prosa de esta cultura pretecnológica encontramos el ritmo de la existencia humana que pasca, utiliza coches de caballos, y tiene tiempo y propensión para reflexionar, observar las cosas, sentir y contar historias»<sup>43</sup>. El mayor logro de la postmodernidad es la prueba que confirma que este placer por la vida puede ser restablecido haciendo uso de las modernas tecnologías. La oportunidad para estas alternativas está aquí: contra aquello que Lyotard denomina «discurso económico» y todo lo que él rechaza, es posible preservar «la casualidad, la proeza, el milagro, la esperanza de una comunidad emocional», y conservarlo efectivamente y no sólo como un acontecimiento reseñado en las páginas de arte. Lyotard encuentra posibilidades en el «agravamiento extremo de los conflictos»<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> LYOTARD, *La condition*, op. cit., p. 13.

<sup>42</sup> *Ibid.*, cap. 14.

<sup>43</sup> HERBERT MARCUSE, *Der eindimensionale Mensch*, Neuwied, Luchterhand, 1967, p. 79 (*El hombre unidimensional*, Seix Barral, S. A., 1969, y Ariel, S. A., 1981).

<sup>44</sup> LYOTARD, *Le différend*, op. cit., lin. 252.

Estas ideas también pueden encontrarse en más argumentos concretos de las ciencias sociales, que no encuentran su justificación en referencias a la filosofía postmoderna. En *Risikogesellschaft*, de Ulrich Beck, aparecen soluciones similares del dilema de la postmodernidad, sin referencia alguna a Lyotard. Para él, la sociedad industrial y la modernidad se están separando del mismo modo que en el arte lo hacen la *avantgarde* y la modernidad. Esta separación en mitades puede vencerse, sin embargo, desde el momento en que comienza a ser obvio que las alternativas generales, como capitalismo y socialismo, que dominaban el debate clásico moderno ya no son válidas<sup>45</sup>.

2. Las teorías del pluralismo, resultantes de la teoría de la postmodernidad, no parecen nuevas a primera vista para los politólogos<sup>46</sup>. El pluralismo aparece en el centro de toda teoría política democrática, pero la ampliación de la idea de pluralismo en la teoría de la postmodernidad adquiere una nueva dimensión. La incompatibilidad ya comienza a ser un elemento constitutivo del nuevo pluralismo, mientras que el viejo pluralismo exigía un consenso mínimo al menos con respecto a los procedimientos.

La racionalidad de un conflicto ya no se construye sobre el modelo de la ciencia, como en el viejo pluralismo, desarrollado por la teoría política, en los escritos de autores como Bentley, Truman o Fraenkel. La competencia de diversas racionalidades en arte, religión, mitos y estilos de vida complica el discurso del nuevo pluralismo. Incluso para un sociólogo como Beck, la racionalidad científica y social crecen de forma separada, pero, en contraste con la opinión de algunos filósofos postmodernos, permanece finalmente la relación entre ambas<sup>47</sup>. Su diferenciación creciente ocasiona ciertos problemas; por ejemplo, la evaluación de las consecuencias de las nuevas tecnologías debe centrarse cada vez más en la aceptación social de estas nuevas tecnologías, y las expectativas dadas a los ciudadanos están, sin lugar a duda, abrumadoramente fundamentadas en los recursos científicos.

El pensamiento ortodoxo del racionalismo crítico todavía pensaba que era necesario desenmascarar la solicitud de una *doble verdad*; como una estrategia poco clara para desviar la crítica, insistía en la única verdad «crítica»<sup>48</sup>. En la teoría de la postmodernidad, incluso los conceptos de verdad y racionalidad han comenzado a pluralizarse. La provocación de Feyerabend, de 1975, su eslogan «cualquier cosa funciona», ha roto el molde del racionalismo crítico<sup>49</sup>. Los racionalistas críticos, que no estaban preparados para quemar sus naves, como hizo Feyerabend, reaccionaron de manera adecuada con la autocrítica, permane-

<sup>45</sup> Ulrich BECK, *Die Risikogesellschaft*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986, pp. 361 y ss.

<sup>46</sup> Hans KREMENDAHL, *Pluralismustheorie in Deutschland*, Leverkusen, Heggen, 1977.

<sup>47</sup> BECK, *op. cit.*, p. 39.

<sup>48</sup> Hans ALBERT, *Traktat über kritische Vernunft*, Tübingen, Mohr, 1986, p. 105.

<sup>49</sup> Paul FEYERABEND, *Wider den Methodenzwang*, Frankfurt, Suhrkamp, 1976, p. 45.

ciendo fieles a sus convicciones básicas, como Helmut Spinner, y optaron por un concepto más amplio de pluralismo<sup>50</sup>.

Esta ampliación va más allá de una extensión del pluralismo interior de la ciencia, que tiende a reducir prematuramente la competencia entre conceptos hacia aquellos que han sido definidos previamente como científicos. Se aceptó una *doble racionalidad*, e inmediatamente se supuso que ésta ya existía en los escritos de Max Weber (su descubrimiento pudo haber salvado a Hennis de gran número de exageraciones).

Se establece una diferencia entre una *racionalidad básica*, que permite una orientación en el nivel de normas y principios, y una *racionalidad situacional*, que es definida por la ocasión y sujeta a oportunidad. La mayoría de las mezclas de racionalidad encontradas empíricamente se sitúan entre estos dos extremos, pero raras veces en el medio. La racionalidad es en sí misma plural y multidimensional<sup>51</sup>. |

Las influencias de la teoría del arte son obvias; podemos observar un desarrollo similar en las teorías sociales, con cierto retraso. Durante mucho tiempo, en el arte, la racionalidad extrema y la expresividad, la observación y la consciencia, fueron yuxtapuestas. Las experiencias no teóricas, más cercanas a la capacidad de ver las cosas y expresarse uno mismo, lideran la lucha contra la colonización del arte por la racionalidad teórica<sup>52</sup>.

¿Es posible para la teoría política seguir la ampliación del pluralismo que se realiza en el debate sobre la postmodernidad? Para la teoría política, el concepto de pluralismo era relativamente similar al de la modernidad clásica. Esto es especialmente cierto para la democracia en «autodefensa permanente» de la República Federal, encaminada a limitar el pluralismo a través de la exclusión de los extremos, y donde no extraña que el racionalismo crítico comience a ser aquí una clase de doctrina estatal oficial<sup>53</sup>.

Liberar de la estrechez de miras a la Constitución de una democracia en estado de autodefensa permanente es bastante difícil en tanto en cuanto no haya un consenso general sobre el orden existente, y en tanto en cuanto siga provocando temores el terrorismo de los extremos del espectro político.

Consiguientemente, la teoría de las varias verdades y el concepto de doble racionalidad apenas pueden constituir la base de una teoría democrática. La clara diferenciación efectuada entre conflicto (*different*) y conflicto judicial (*litige*) no es de mucha ayuda en la esfera de lo político, especialmente en la República Federal de Alemania, donde la política encuentra una válvula de escape en la posibilidad de *trasladar el*

<sup>50</sup> SPINNER, *Gegen...*, op. cit., p. 38.

<sup>51</sup> Helmut SPINNER, «Max Weber, Carl Schmitt, Bert Brecht als Wegweiser zum ganzen Rationalismus der Doppelvernunft. Über die beiden äussersten Möglichkeiten sich in einer irrationalen Welt rational zu orientieren», *Merkur*, 1986 (923-935), pp. 933 y ss.

<sup>52</sup> Dietmar KAMPER, *Zur Soziologie der Imagination*, München, Hanser, 1986, p. 72.

<sup>53</sup> Georg LÜHRS et al. (eds.), *Theorie und Politik aus kritisch-rationaler Sicht*, Berlin, Dietz, 1978.

*conflicto político a los tribunales*, como una reacción para ser confrontada con un pluralismo de contradicciones crecientes.

Sin embargo, el concepto de un sistema judicial sin vacíos, en última instancia, no siempre admite una cuestión política; en nombre de esta doctrina, el Tribunal Supremo, como ocurre en Estados Unidos, puede reclamar no ser responsable de ciertas cuestiones políticas, que no acepta como jurídicas.

La política, no obstante, no puede llevarse a cabo sin procedimientos judiciales. Estos, aunque no puedan resolver el conflicto en la mayor parte de los casos, pueden zanjarlo, ya que los procedimientos judiciales son garantía de que la lucha política por la mayoría no se desarrolla dentro de un conflicto irresoluble, en el sentido que Lyotard ha dado a esta expresión. El político, un tercer tipo de conflicto, desatendido por Lyotard, opera a través de compromisos. Mientras los procedimientos judiciales a menudo se traducen en descontento para ambas partes y la sentencia se critica de forma general, aunque sin consecuencia alguna, el conflicto político apunta hacia compromisos, aunque los beneficios de las partes involucradas no se reparten igualitariamente. Con frecuencia, el grupo que ostenta la mayoría obtiene mayor provecho de una sentencia judicial. La minoría acepta el compromiso asimétrico sólo temporalmente, esperando estar ella misma un día en mayoría. Consecuentemente, el pluralismo democrático debe evitar que cualquier grupo relevante quede permanentemente en posición minoritaria. En los casos en que esto sea inevitable, a causa de razones estructurales, tal como ocurre con respecto a las minorías étnicas, el conflicto debe atenuarse a través de poderes de veto, ofertas de participación o poderes autónomos de toma de decisiones con respecto a algunas materias.

Los políticos no pueden introducir en la arena política puntos de vista incompatibles como los caracterizados por Lyotard, cuyo resultado pudiera ser la guerra civil o la disgregación de la comunidad en subculturas. Este tipo de desarrollos no ha sido de gran ayuda, en la mayor parte de los casos, para los grupos más débiles.

Uno de los puntos de crítica por hacer de la teoría de la postmodernidad contra el modelo de Habermas de discurso racional es: no hay discurso neutral a la estructura de poder<sup>54</sup>. Sin una aceptación de las reglas del juego, que Habermas define como regla básica del discurso, el conflicto será dominado desde el principio por aquello definido como correcto o equivocado por el participante más poderoso. El eslogan de Lyotard «*queremos participar, dejadnos solos*» podría tener como resultado el predominio de los grupos más fuertes a través de la despolitización del resto de la sociedad. Los ataques polémicos contra Habermas, acusado de utilizar la fuerza bruta contra las normas del lenguaje a través de la definición de reglas del discurso<sup>55</sup>, no resultan muy convincentes a la luz de la comparación de las ideas de Habermas y Lyotard de la

<sup>54</sup> Peter KOSŁOWSKI, «Bausteilen der Postmoderne», en Peter KOSŁOWSKI *et al.*, *op. cit.* (1-16), p. 14.

<sup>55</sup> LYOTARD, *La condition*, *op. cit.*, p. 8.

sociedad en debate. Ambos modelos están basados en la autodeterminación racional, la toma de decisiones democrática y la solución de conflictos sin utilización de la fuerza<sup>56</sup>. Por tanto, no está completamente justificada la crítica a Habermas por el hecho de que, en debate público, su modelo de discurso se entienda como sinónimo de los procedimientos de un mitin general de estudiantes universitarios.

3. La ampliación del concepto de pluralismo y la idea de que las tradiciones del pensamiento son incompatibles han conducido a la conclusión lógica de que *está en duda la validez del principio mayoritario*. El entusiasmo de Lyotard por una «*confusa multitud de minorías*», como si estuviera describiendo un edificio postmoderno erigido de acuerdo con los principios de la arquitectura en descomposición, suena neutral y apolítico. Pero ideas de este tipo no pueden reservarse a subculturas que desaparecen en un mundo carente de estética, para escapar del logo, tecno o falocentrismo, o cualquier otra cosa que pueda convertirse en un principio dominante que moleste a un grupo determinado.

De todos los filósofos postmodernos, solamente Robert Spaemann recoge el cambio del principio mayoritario en la esfera política: «donde quiera que la subjetividad de una persona esté bajo amenaza, cada uno es libre de ayudar a la persona afectada que ha sido despojada de la obligación de ser leal. Cada una de estas personas puede por sí misma en ese momento revocar su lealtad»<sup>57</sup>. Los dos casos que compara Spaemann son poco convincentes a la luz de las mayorías actuales. Argumenta que el uso industrial del poder nuclear, en un sentido similar al de las persecuciones antisemitas, tiene el efecto de liberar al ciudadano de su lealtad con respecto al Estado. En su opinión, en ambos casos es cierto que las reglas de la mayoría pierden su fuerza obligatoria porque pueden conducir a decisiones irreversibles.

La idea de «*confusa multitud de minorías*» busca una nueva mayoría, la mayoría de los afectados en las siguientes generaciones, mucho mayor que la que hoy toma las decisiones. En el pasado, a los conservadores, como Conrad Ferdinand Meyer, les gustaba invocar la mayoría de los muertos: «nosotros, los muertos, tenemos ejércitos mayores que los que tenéis en vuestros países y en los mares»; hoy es justificable hacer referencia a los ejércitos de los no nacidos, cuyas oportunidades de vida estamos amenazando.

A pesar de que aparecen algunos argumentos plausibles, sigue sin resultar claro quién y bajo qué circunstancias puede declararse a sí mismo defensor de los aún no nacidos, especialmente si se tiene en cuenta que las previsiones de futuro nunca pueden verse libres de la mera especulación. El derecho clásico de resistencia frente a la tiranía, como el formulado por la Escuela de Salamanca, tuvo para las dos grandes religiones políticamente desarrolladas normas diferenciadas

<sup>56</sup> WELLMER, *op. cit.*, p. 107.

<sup>57</sup> Robert SPAEMANN, «Technische Eingriffe in die Natur als Problem der politischen Ethik», en Bernd GUGGENBERGER/Claus OFFE (eds.), *An den Grenzen der Mehrheitsdemokratie*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1984 (240-253), p. 252.

para la movilización de la resistencia. La desobediencia civil solía ser solamente un paso más en la escalada final, el tiranicidio; hoy, para algunos eco-radicales, la desobediencia civil parece ser el primer paso para calentar el conflicto. En este contexto, el movimiento americano de derechos civiles, que tantos de los luchadores de la neorresistencia utilizan para la legitimación de sus actuaciones, ha sido frecuentemente mal interpretado. Martin Luther King nunca cuestionó el derecho vigente; sus ataques frente a la ley tuvieron como consecuencia inevitable sanciones por parte del Estado, las cuales aceptaba como parte de su estrategia para desarrollar la conciencia de los afectados y para formar nuevas mayorías; nunca asumió que las sanciones en sí mismas fueran ilegítimas. La división entre legitimidad y legalidad, ajena a la tradición americana, ha causado dificultades más que suficientes en la historia alemana del pensamiento.

La filosofía postmoderna rehúsa obedecer las demandas del sistema. No es casual que deba proceder desde un ángulo diferente del que lo hacen las grandes teorías sistémicas de la modernidad: la postmodernidad revela la relación entre elementos del pensamiento de diferentes grupos y tradiciones de pensamiento. Solamente en los escritos de Lyotard se puede decir que hay una organización «sistemática». Por tanto, parece una consideración obvia buscar equivalentes de los elementos de la teoría de la postmodernidad en el mundo real; ello puede hacerse contrastando las opiniones de los ciudadanos y cuantificando el valor cambio.

Este procedimiento de mentalidad empírica apenas tiene éxito en la formulación de una teoría general. Subyace el concepto teórico abstracto postmaterialista, que se filtra como un tópico por el análisis de cuestiones puntuales<sup>58</sup>.

Otros procedimientos menos empíricos tienden a construir un *paradigma de estilo de vida*, y a concentrarse en el cambio de los patrones organizativos de la sociedad. Los empiristas también comparten la opinión de que el término «nuevos movimientos sociales» no es una mistificación. Hay criterios empíricos que conducen a la diferenciación entre los nuevos movimientos sociales y los viejos movimientos sociales de la modernidad clásica, basados fundamentalmente en valores de la moderna sociedad industrial. Para quienes siguen los nuevos movimientos sociales, algunas de las ideas del debate sobre la postmodernidad tienen un *status* privilegiado, pero no por ello sería correcto clasificar cada nuevo movimiento social como postmoderno. Algunos grupos de los viejos movimientos sociales se adhieren a la dinámica de los nuevos, algunos de los cuales, en su tendencia premoderna, apoyan al partido verde.

Algunos de los nuevos movimientos sociales tienen una *aproximación holística*, incompatible con las teorías postmodernas en el estricto sentido del término. Sólo de una manera equívoca, como ocurre con

<sup>58</sup> Ronald INGLEHART, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton UP, 1977, pp. 40 y ss.

frecuencia en el debate popular, podrían equipararse *postmodernidad* y *postmaterialismo*. Menos convincente resulta aún la caracterización del postmaterialismo como una primera etapa de la postmodernidad, incluso cuando puede decirse que algunos elementos de la postmodernidad trascienden los valores que, a su nivel abstracto, son representativos del postmaterialismo, cuando proceden a la evaluación del cambio de valores. Aunque muchos elementos del postmaterialismo conducen a la reflexión de los elementos abstractos de la postmodernidad, no pueden identificarse con ella.

La postmodernidad se caracteriza, mejor, como la negación absoluta de la modernidad, incluso si se considera a sí misma como su realización; en este caso también debe poner énfasis en algunos criterios de la modernidad de forma hasta el momento desconocida. El postmaterialismo constituye, en el mejor de los casos, el cuestionamiento de algunos de los valores «modernos» de la sociedad industrial.

La experiencia ha demostrado repetidas veces que entre los movimientos sociales, en lugar de dudas, encontramos actitudes uniformes no modernas y, consecuentemente, un medio ambiente no homogéneamente antimoderno. Los miembros de los *nuevos movimientos sociales* muestran en su comportamiento actual, tal como puede ser medido por *indicadores objetivos* de la investigación organizativa, un modelo incluso más contradictorio que el que presenta la búsqueda de *indicadores subjetivos* con ayuda de procedimientos de entrevistas. El mantenimiento de valores postmaterialistas aparece conectado con la disponibilidad para formar coaliciones con las organizaciones de la modernidad clásica, ser parte o unirse con ellas. En repetidas ocasiones, los puristas de ambos lados se han visto defraudados por la falta de coherencia en el comportamiento de los postmaterialistas. Esta es una de las razones por las cuales los movimientos sociales, a pesar de su potencial de cambio creativo, han producido un cambio paradigmático menos dramático que el asumido originariamente<sup>59</sup>.

Si, en contra de todas estas advertencias, algunos sociólogos todavía intentan encontrar la postmodernidad en la sociedad, su única esperanza la constituyen los círculos elitistas de los productores de la cultura. La investigación empírica, que no limita su interés al estudio de algunas élites, podría, por tanto, estar sobre aviso para evitar un sesgo del término postmaterialismo, no insistiendo en la inclusión en él de todos los elementos de la postmodernidad.

Puede asumirse que el pensamiento estrictamente postmoderno nunca dominará completamente la sociedad, pero permanecerá en el subsistema cultural, ya que otras esferas autónomas han desarrollado su diferenciación, como las variedades propias de una mayor inclinación al compromiso en el campo jurídico, económico y, por último y sobre todo, en la política. Se pueden encontrar rasgos de postmoderni-

<sup>59</sup> Cfr. Klaus von BEYME, «Neue soziale Bewegungen und politische Parteien», en Klaus von BEYME, *Der Vergleich in der Politikwissenschaft*, München, Piper, 1988, pp. 247-268.



dad, con las contradicciones arriba indicadas, en algunos individuos postmaterialistas o en los nuevos movimientos sociales, pero solamente la postmodernidad de las páginas de arte produce esa tendencia a la identificación con un «elogio del comportamiento incoherente».

#### IV. POSTMODERNIDAD Y POSTMATERIALISMO

Las teorías de la postmodernidad influyen la construcción teórica de las ciencias sociales en su función de metateorías holísticas. La postmodernidad influye en muchas esferas del debate teórico de las ciencias sociales, incluso cuando no aparece una referencia explícita a la filosofía postmoderna. Para muchas teorías de carácter parcial, la moda de hoy la constituye el desarrollo de la identidad y autonomía de los subsistemas sociales, la *autopoiesis*. Los dirigentes de la teoría abstracta de sistemas, como Niklas Luhman, se apartan cuidadosamente de la noción de sistema hacia los «procesos de vida» (*bio-poiese*)<sup>60</sup>.

Estos son sólo algunos ejemplos del acercamiento apenas perceptible que se produce entre las construcciones teóricas altamente abstractas, sin importar lo estruendoso que sea su conflicto; el modelo de Lyotard de conflictos irresolubles se desarrolla en este sentido dentro de una profecía de autodestrucción, incluso en la esfera de la ciencia para la cual fue concebido. Por un momento se hace obvio que las teorías de mayor importancia, como el marxismo y la teoría de sistemas, marchan conjuntamente en sus esfuerzos para un análisis parcial políticamente orientado. El desarrollo posterior del pensamiento altamente abstracto, en la teoría de la postmodernidad, oculta el proceso de aproximación que tiene lugar tras la cortina de humo verbal de los juegos del lenguaje crecientemente autónomos, que suaviza el modelo de conflicto irresoluble.

No hay teoría integrada de la postmodernidad empíricamente estable que pueda utilizarse como una receta para la construcción de teorías políticas; a juzgar por la demanda de pluralidad y autonomía que las teorías de la postmodernidad defienden, nunca existirá tal clase de teoría general. Los términos postmodernos tienen su origen en el debate sobre el arte; en ese campo nunca hemos visto una confrontación que conduzca a la exclusión de las variedades de pluralismo, como ocurre en otros sectores de la sociedad. La única excepción al respecto es la arquitectura, que ahora tiene que pagar la factura de la postmodernidad para su desarrollo. Los límites de los períodos en la historia del arte siguen siendo problemáticos, como se puede ver en otras épocas (cap. I). Pero en el arte los conceptos de modernidad y postmodernidad son todavía más útiles que la interpretación más amplia que de estos conceptos se encuentra en el debate filosófico (cap. II).

<sup>60</sup> Wolfgang LIPP, «Autopoiesis biologisch, autopoiesis soziologisch. Wohin führt Luhmanns Paradigmawechsel?», *KZfSSR*, 1987, pp. 452-470.

Así como es relativamente fácil señalar los límites de la modernidad clásica en el arte, hay algunos criterios para localizar la modernidad en las teorías de las ciencias sociales, estableciendo una diferenciación entre evolución e historia, analizando el papel de las comparaciones y determinando la asunción de esferas autónomas de la sociedad, sin aceptar el imperialismo antiteórico de una de ellas. Se debería resistir la degradación de la «teoría general», como tal, a través de la teoría de la postmodernidad. Es necesario tener en cuenta los peligros inherentes a una reducción de la complejidad de las sociedades a través de la exageración desmesurada de los esfuerzos para reavivar estilos de vida. La unidad de las dimensiones sociales de la vida tal vez pudiera reconstruirse bajo la bandera de la comunidad o la solidaridad. El populismo conduce a alcanzar estos objetivos en sí mismos, lo que puede ser necesario, por mucho que el resultado pueda ser una nueva «comunidad forzada» desde arriba<sup>61</sup>.

La contribución de las aproximaciones teóricas de la postmodernidad a la teoría política, en el más estricto sentido del término (capítulo III), la constituye el descubrimiento de nuevas formas de resistencia contra el dominio de la tecnología y la preparación para las necesidades de la era electrónica; esto incluye una ampliación útil del concepto de pluralismo que, sin embargo, en su exagerada rigidez, no permite el acceso a la teoría democrática. Faltan esfuerzos centrados en una nueva interpretación del derecho de resistencia en relación con el logro de nuevas estrategias y del problema de su intencionalidad, difícilmente compatible con las reglas de la democracia parlamentaria. En el futuro podría necesitarse un mayor énfasis en las posibilidades teóricas de la distribución de la presión entre los diferentes modelos de discurso: «cientifismo y conflicto irresoluble», «asunto jurídico» y «compromiso político». Puede ser cierto que en la ciencia se cause poco daño a través de la *itio in partes* de posiciones incompatibles, pero para el sistema político este modelo podría ser catastrófico. La «losa sepulcral para el intelectual», que pedía Lyotard, todavía tiene que ser construida; en esta tumba también podría enterrarse la idea de que el modelo de conflicto de Lyotard pueda ser trasladado de la esfera de la ciencia al campo de la política.

(Traducción del inglés: María Dolores ROBREDO.)

<sup>61</sup> OFFE, *Die Utopie*, op. cit., p. 152.